

¡Y eran las tres y cuarto cuando abandonaba Gustavo los arrabales de París y enfilaba la carretera! Allí, a la entrada de ella, había una multitud de gente apiñada. Era la que había ido a presenciar la salida de los automóviles que hacían la carrera a París-Marsella, y de los cuales los últimos ya ni se veían sobre aquella larga y blanquecina culebra.

Gustavo dió presión a su máquina que se lanzó gruñendo y trepidando por la carretera. Y el hábil automovilista, mientras más corría, más velocidad imprimía a su máquina.

Pronto adelantó a los últimos automóviles, a aquellos que antes ni siquiera se veían. Pasó junto a ellos como una exhalación y siguió adelante ya con el máximo de velocidad.

Luego adelantó a otras máquinas que también marchaban a buen paso. La de Gustavo parecía ir por el aire arrastrada en una nube de polvo.

Bautista tenía miedo. Era muy fácil chocar con algo; era muy fácil que la máquina explotara yendo, como iba, con máximo de presión. Y como para darle la razón a Bautista, allí, más abajo, un automóvil estrojado contra un árbol, se tumbaba desvencijado sobre la cuneta del camino, mientras que a unos metros de distancia yacían por tierra dos cuerpos inmóviles en un charco de sangre.

Gustavo detuvo su automóvil, pero a gran distancia, ¡cuando pudo detenerlo!, y rápido volvió en él hasta donde yacían los cuerpos.

—¡Dios mío! ¡Sarah Fabfare! ¡Muerta!... ¡Muerta en pecado mortal!

La palidez de Gustavo era la de un cadáver.

El *chauffeur* estaba muerto también. Los cráneos destrozados, los cuerpos manchados de sangre... ¡Allí no había nada que hacer!... Gustavo volvió a emprender su carrera desatentada, como si aquello que había visto no fuera una lección que le pusiera en guardia. El pensaba:

—No corremos por la misma causa ni para el mismo fin. Ellos buscan notoriedad, la satisfacción de la vanidad y el orgullo... Yo corro al impulso de mi deber y por realizar una obra de amor, de gratitud... A ellos es muy fácil que el pecado mortal les corra el alma... ¡Es temerario el exponerse a morir en pecado!... Yo he confesado y comulgado esta mañana y no recuerdo haber ofendido a Dios... ¡Pero, por si acaso, ¡Señor, me pesa!...

Y con la enguantada mano se golpeó fuertemente el pecho...

¡Y siguió su violenta carrera!

¡Y llegó a Marsella el primero de todos!

¡Y la multitud que esperaba ansiosa la llegada del vencedor, prorrumpió en aplausos atronadores, en vivas entusiastas, tomándole por uno de los que *batían el record*.

Pero él no se detuvo ni le hizo caso a la muchedumbre, sino que siguió y llegó a la casa habitada por el P. Laurent.

Subió precipitadamente, no sin tomar antes el estuche con el botiquín que llevaba siempre en su automóvil, y entró en la estancia donde, tendido en su lecho, pálido, descarnado, con los ojos fijos en el techo y una sonrisa dulce y tranquila en los labios, parecía agonizar aquel dignísimo sacerdote.

Gustavo no se preocupó de la gente que rodeaba al enfermo, ni de Margot que lloraba como una Magdalena, ni del médico de cabecera que se adelantó con la mano abierta para estrechar la del parisiense y dispuesto a lanzarle un largo discurso, demostrándole claramente que, después de haber observado al enfermo durante muchos días, no había adivinado la enfermedad que le aquejaba.

Gustavo se acercó al lecho, besó la frente del enfermo, tomó su mano, sacó el reloj y con los ojos fijos en la esfera, se hacía cargo de cómo funcionaba aquel pulso, pulso débil, intermitente.

Luego abrió su botiquín, sacó la jerin-

guilla hipodérmica y un botecito con éter, y puso una inyección al enfermo.

Después tomó una hoja de papel de su cartera, recetó y con voz enérgica, dijo:

—¡Ligerol! ¡A la farmacia! ¡Pero pronto! Entonces se volvió al médico de cabecera y murmuró dulcemente:

—Perdóneme usted... ¡El me ha servido de padre!...

Después de una porción de días de no dormir, ni comer, ni apartarse un solo momento del lado del enfermo, Gustavo de Chantal pudo ver al P. Laurent sentado en un sillón al lado de una ventana y recibiendo el calor vivificante del sol de primavera.

Por cuarta o quinta vez le contaba Bautista al Padre la carrera desenfrenada de Gustavo, y por cuarta o quinta vez se llenaban los ojos del anciano sacerdote con lágrimas de gratitud y de amor.

—¡Oh, Gustavo!—murmuró—. Con creces me has pagado lo poco que he hecho por ti.

—No, Padre mío—respondió el médico—. No he hecho otra cosa que ganar el premio de aquella carrera.—¡*He batido el record* y el premio es éste!

Y le besó la mano con extremado cariño.

Luego, volviéndose a Bautista y secándose con la mano una lágrima que titilaba entre sus pestañas, dijo:

—Corrimos mucho ¿no es verdad, Bautista?

—¡Pardiez, señor! ¡A cien kilómetros por hora!

MIGUEL ALVAREZ CHAPE

Del pícaro mundo

—No deja de chocarme que reuniendo los Sindicatos Católicos tantas ventajas económico-sociales para los trabajadores no pertenezcan a ellos casi todos los de esta sufrida clase.

—Muchos más de los que tú puedes figurarte pertenecen ya a los Sindicatos y si no pertenecen todos ¿sabes por qué es?

—Tu dirás.

—No; nos lo va a decir este que se acerca.

—¿Por qué no eres del Sindicato, Ramón?

—Bien quisiera, pero tengo miedo a los del Centro Socialista...

—¿Qué te pueden hacer?

—Cogerme desprevenido cualquier día y *echarme para el otro barrio*.

—Ya lo oíste.

—Todos no creo que padezcan el mal de este.

—Padezen otros peores, entre ellos la incredulidad acompañada de una vida licenciosa.

—¿Acaso son justos los Sindicatos Católicos?

—No es que sean justos ni católicos decididos muchos de ellos, pero de las costumbres de estos, a las de sus contrarios hay una diferencia grandísima. Al granuja impenitente, se le expulsaría del Sindicato y ¿para qué entrar entonces? dirán los que no se sienten con vocación de vida arreglada.

**

Observación de un tonto en la puer-

ta de una de esas escuelas de ilustración modernista (taberna, chigre, garito, Centro Socialista, club... etcétera, etc.).

«¡La Iglesia no ha reportado nunca ningún beneficio!» Los burros rebuznan haciendo coro a su ilustrado colega; carcajada general. Los perros ladran; uno más atrevido se acerca al *gran cultural* y le rinde homenaje meándole en las *patas*, valga el calificativo.

**

Frase de cajón en un mitin cualquiera anticlerical.

«La Iglesia os explota. Confiad sólo en nosotros...»

—Convencidos los oyentes de esta *gran verdad*, se rien de los curas, de los frailes, de los beatos, de los santos y hasta de Dios y su Madre Santísima y después de haberse reído bien, entregan su dinero a los nuevos redentores que les han de defender contra *la reacción*. Estos al ver reunida *una bonita suma se largan* con ella a otro lugar, quedando los cándidos con un palmo de boca abierta, pero sin dejar de reirse todos. Los vivos de tanto *primo* como anda por el mundo y los bobos por ser bobos.

Más tarde los asilos benéficos creados al calor de la Iglesia Católica se encargan de recoger, antes que el hambre los mate, a tanto inocente explotado.

**

—¿Domingos y fiestas? Bah, necesito trabajar para comer.

—Y para beber con demasía.

Un mes después.

—Estoy aburrido; veinte días de huelga y sin esperanzas de solución.

—Ahora que no trabajas no comerás...

Es probado; a quien quita a Dios sus fiestas el demonio da huelgas, ruina y desesperación.

La amenaza del Cura

El hecho que referimos, es completamente histórico. Sucedió en un pueblo de la montaña; la región no la nombramos por vivir todavía la madre del desdichado protagonista de esta historia.

En ese pueblo vivía un mocetón robusto y rollizo, pero de corazón perverso como él solo. Tan feamente hablaba, que ya desde pequeño todos los chicos del pueblo evitaban su trato y compañía. No eran solo malsonantes palabrotas las que salían de aquella inmundicia boca, sino también repugnantes blasfemias y todo cuanto se podría esperar de un inculto salvaje.

Un día el Cura párroco del pueblo envió por él. Resistióse el chico a ir, pero al fin obedeció a su madre, que llorando le pedía no dejase de acudir al llamamiento del Cura.

De mala gana se presentó el blasfemo en la casa del párroco en ademán muy desenvuelto.

—¿Qué deseaba?—preguntó con desvergonzado tono.

—Deseaba verte, porque no acabo de creer lo que de tí me cuentan.

—¿Qué le dicen?

—Me dicen que eres un blasfemo.

—Y le han dicho la verdad. Sí, lo soy. Y ¿qué?—repuso el blasfemo en mal tono y sin un átomo de vergüenza en la cara, soltando al mismo tiempo una mala palabrota para atemorizar al buen Párroco.

Pero éste, en vez de atemorizarse siguió haciéndole reflexiones.

—Basta ya—gritó el malandrín—; hartos sermones tengo oído. ¿Qué importa que blasfeme o no?

—Importa ofensas a Dios y a los hombres. Además del pecado gravísimo que cometes, haces que ninguno te mire con buenos ojos por mal educado.

—Me provoca a risa eso que dice V. del pecado.

—No te provocará a risa cuando estés quemándote y tostándote en el infierno.

—El fuego, que a mí me tostará, aún está por encender—concluyó el granuja con mala manera.

Ahi terminó aquella entrevista.

Desde aquel día empezó a hacer burla de los avisos amorosamente dados a él por el Reverendo Párroco. Por tabernas y cafés explicaba su entrevista con el Cura, haciendo mofa al mismo tiempo de la predicción de aquel santo varón acerca de quemarse eternamente.

No todos le acompañaban en tales bromas, porque en aquel pueblo aún la gente indiferente apreciaba al bondadoso Cura y le respetaba como convenia.

Llegó la noche de S. Juan y con motivo de las tradicionales hogueras que se encienden en tal noche, el blasfemo seguía haciendo broma de las predicciones del Cura, burlándose de él.

Cuando con los demás mozos del pueblo, se disponía a saltar los fuegos, decía en son declamatorio:

—Ahora verán, señores, cómo se cumple lo que el curita me profetizó. Voy a lanzarme al fuego.

Esto dicho saltaba una y otra vez la hoguera.

Pero una de estas veces, fuera por tomar mal la distancia, fuera porque Dios quería darle un amoroso aviso, es lo cierto que, en vez de ir a caer al otro lado cayó en medio del fuego.

El malaventurado dió un grito de susto y dolor; los vecinos y espectadores acudieron con presteza a sacarlo de las llamas, logrando salvarlo sin grandes esfuerzos.

De los resultados le quedó alguna que otra quemadura en las manos y en los pies.

Los presentes le hicieron reflexiones, diciéndole que aquello era aviso del cielo; pero él, blasfemando como un demonio, dijo que ahora hablaría peor que antes.

Pasó un mes justo. Era el 24 de Julio, y el blasfemo hubo de llevar un carro lleno de paja a la villa. Apenas empezó la marcha, cuando comenzó a llover torrencialmente y hubo que cubrir la paja con grandes mantas.

El iba en la cima del carro todo embozado en una manta.

A la mitad del camino estaba, cuando encontró otro carretero, al cual en tono de mofa dijo:

—Ahora quisiera que el Cura me viera. El dijo que me tostaría pero lo que es ahora, todo lo contrario me acaece; porque estoy mojado como una esponja.

Dicho esto estalló en una carcajada, pero no la acabó. En el mismo instante brilló un rayo y sonó un horripilante trueno. Enseguida el carretero vió que del carro del blasfemo se levantaban grandes llamaradas.

El rayo de tal modo atolondró al infeliz que de ninguna manera pudo escapar.

El otro, es verdad, corrió enseguida a socorrerlo pero ya era tarde.

La paja completamente encendida, carbonizó al infeliz, mientras el caballo espantado y desbocado, habiendo podido romper las ligaduras, corría como alma que lleva el diablo hacia el pueblo.

El carretero, que lo presencié, lo refiere punto por punto a toda la gente y aún lo cuenta para ejemplo de los que mal hablan y son blasfemos.

(De «El Seglar Católico» de P. de Mallorca)

DEL VIEJO, EL CONSEJO

Deja la charla, Consuelo, que una moza casadera no debe estar en la era si no está el sol en el cielo.

Tu hogar tendrás apagado, y al mozo que habla contigo le está devorando el trigo la yunta que ha abandonado.

Mira que está oscureciendo, que en las riberas lejanas ya están cantando las ranas, ya están las aves durmiendo.

Que tocan a la oración, y hay gentes murmuradoras cuyos ojos a estas horas cristales de aumento son.

Y es que los oscureceres son unas horas menguadas que han hecho ya desgraciadas a muchas pobres mujeres.

Mira, muchacha, que ha sido la tarde muy bochornosa y va a ser fresca y hermosa la noche que ha producido.

Mira que son muy contadas las fuerzas de la memoria, mira que huelen a gloria las mieses amontonadas

y está tu galán delante, y está tu hermanito ausente; y está el amor en creciente

y está la luna en menguante, y a la luz tan débil creo que sola a salir no atinas del laberinto de hacinas donde metida te veo.

Tal vez si el mozo me oyera, pensara que esto es perfidia, creyera que tengo envidia, que tengo celos dijera,

pues con la venda de amor, no viera que soy un viejo que sólo con un consejo puedo acercarme a tu honor.

Vete, muchacha, y no quieras llorar prematuros gozos, que sé lo que son los mozos y sé lo que son las eras;

y en tales oscureceres pláticas tales de amores, dicen los murmuradores que son de tales mujeres...

Y tienen razón, Consuelo, que una moza casadera no debe estar en la era si no está el sol en el cielo.

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN.

Charla

—¿Otra vez en huelga?

—Otra vez y es la tercera de la temporada.

—La verdad es que a este paso ya podíais mandar a... la China a todas vuestras Sociedades de regeneración (?) social.

—Aquí para entre los dos. Estamos peor ahora que nunca.

—Pues por falta de eminencias que estudian la causa y el remedio de vuestros males no será.

—No les llames eminencias, llámalos explotadores... criminales que comercian con nuestra sangre como si fuéramos bestias. ¿Me habrá oído algún compañero?

—Si te oye ¿qué?

—Pues que aunque todos, más o menos, estamos trinando contra esa canallería que así nos maneja; nos gusta denunciar a cualquiera que cante claro para que se nos tenga en cuenta en la hoja de servicios societarios.

—¡Sois bien dignos de lástima!

—Y tanto. Yo echo mis cuentas en casa todos los domingos desde que me hicieron por la fuerza asociarme al Centro y veo que pierdo más que gano. ¿Qué importa que alguna vez, pocas, ganemos una huelga si los perjuicios que con ella haya sufrido el patrono al fin y al cabo sobre nosotros caen? ¿Que la industria va mal con el aumento de jornales y reducción de horas de trabajo? se cierra la industria o se despiden multitud de operarios o se suben los géneros, y como nosotros somos los consumidores resulta que pagamos los vidrios rotos. El patrono liquida sus ganancias o las existencias de su industria y a disfrutar tranquilamente del cupon. Nosotros que creímos un día tener la sartén por el mango nos quedamos sin las tajadas. ¿Y para esto tantas huelgas y revueltas y echar por delante mujeres y chiquillos y guardar las espaldas a nuestros jefes cobardes en la refriega tanto como valientes en el mitin? Yo lo que veo y lo vemos todos, sólo que hay que callar y sufrir, es que aquellos que nos prometieron ayuda van haciéndose ricos y cobrando buenos sueldos del mismo Estado.

—Al que le interesa tener agitadores a sueldo. Los periódicos están denunciando esto todos los días.

—Pero somos muy borregos que no escarmentamos.

—Que no os atreveis a ponerlos frente a ellos con la dignidad de hombres engañados en la consecución de justas peticiones.

—Tú ya ves lo horriblemente cara que está la vida. ¿Quién nos ayuda sinceramente a aliviar este mal? Mucho de planear en los periódicos y en el Parlamento, pero los abusos y la salida al extranjero de géneros indispensables para nuestro medio de vida esos siguen y seguirán, porque lo principal es que hagan su negocio cuatro agiotistas a costa del pueblo entero, y, para ayuda de males, se aprovechan estos mismos mercaderes sin conciencia de nuestras peticiones justas de poder vivir siquiera, para encauzar el movimiento en sentido revolucionario a su conveniencia. Viene la lucha, nos matan o nos hieren por alborotar y esos a quienes los gobernantes otorgan favores siempre aunque se hayan hecho reos de muerte por su antipatriotismo, se enriquecen fabulosamente, tienen cuanto quieren. ¡Es una vergüenza! Da ganas de

morirse. Estamos huérfanos de protección.

—No lo estais. Teneis sociedades que sinceramente desean vuestro mejoramiento social y moral, sólo que por lo de moral no pasais. Vosotros decís: «vengan beneficios para el cuerpo, vengan por añadidura goces y más goces, pero en lo tocante a eso del alma, a eso de deberes para con Dios no nos habéis una palabra», y de esta negativa vuestra nace ese mal-estar que lamentais. ¿Crees tú que con hombres sin fe en un más allá, que blasfeman horriblemente como demonios, que el vicio les domina por entero, se puede hacer nada bueno ni se puede vivir en paz aunque les concedas cuanto piden? Tú debes de conocer bien a tus compañeros y verás que no exagero. El hombre sin fe, sin temor de Dios, si ocupa puesto importante explota y oprime a su antojo, si es de los que están para obedecer se rebela, con razón y sin ella, en luchas sangrientas.

Unos y otros han despreciado la sublime Doctrina de Aquel Divino Maestro que dijo: «Yo soy la paz del mundo, fuera de Mi solo hay error y tinieblas.

Vosotros estais fuera de El ¿qué os extraña esa guerra en que siempre vivís?

—¡Verdaderamente que somos muy desgraciados!

—Porque quereis. En el pecado llevais la penitencia.

—¡Y qué penitencial

Consideraciones importantes

Para que reine el orden social es preciso, indispensable que se coloque la Religión en el lugar que le corresponde, es decir, en el primero, por ser siempre la gran escuela del respeto, de la conciliación y del sacrificio.

En la familia, en el mundo del trabajo, en el Estado se impone la necesidad de la fuerza moral, la cual señala en el orden, en el deber, el único camino de la paz.

Y el deber del hombre es procurar el bienestar de los suyos, el deber del Estado es procurar el bienestar de todos.

Cuando el catolicismo, que exige al obrero que trabaje bien y al patrono que pague con justicia, no se le hace caso, vienen los hechos a dar la razón a la religión, tras una lucha en que todos pierden.

El que trabaja mal es desechado de todas partes y cae en la miseria.

El que paga poco no encuentra buenos servidores, y mal hechos sus trabajos, producirá menos y vendrá la ruina de su industria.

Además, la ley va limando las injusticias. El aumento en los tributos es consecuencia del abandono en que se tiene a los pobres. Cuando los ricos no dan trabajo, el Gobierno lo proporciona a costa suya, y como el Estado administra mal, los ricos pagan dos veces un servicio, que si hubieran obrado como buenos católicos, se hubieran ahorrado.

Los ricos no se cuidan de que los que les sirven sean piadosos y morales, y este abandono les cuesta al año muchas pesetas y muchos disgustos.

La holgazanería, el alcoholismo y los vicios aumentan las estancias en los asilos, manicomios y hospitales, que pagan los ricos, como es natural.

La falta de religión aumenta la criminalidad, los atentados a las personas. Subirá el presupuesto de cárceles, Tribunales, administración de justicia, Guardia civil y

policía, y el rico pagará en pesetas su falta de consideración al Sacerdote y al Maestro. La Escuela y la Iglesia desiertas, desalquiladas, son la ruina de la propiedad, de la tranquilidad y del orden.

¿Qué educación puede dar a sus hijos la mujer del obrero que no come?

¿De qué puede hablarles más que del mal corazón de los ricos?

Los niños criados en un ambiente de odio y egoísmo, ¿qué corazón van a tener, qué sentimientos nobles pueden abrigar? Las lágrimas de la madre serán vengadas por el hijo.

¡Ricos! O fomentáis el catolicismo obrando en justicia y caridad, o preparáis vuestra ruina y desesperación. El Señor visitará los pecados de los padres hasta la cuarta generación en los hijos.

JOSEMARY.



En la madrugada del 11 del pasado Julio ha fallecido en esta villa el ejemplarísimo sacerdote, y muy apreciado suscriptor nuestro

D. Eduardo G. Avellanal

A todos nuestros favorecedores y lectores suplicamos una oración por el alma del finado que santa Gloria haya

Reciba su distinguida familia nuestro más sincero pésame.

R. I. P.

Colecciones de EL AMIGO DEL POBRE, todos los años publicados. A 2 ptas. las de los dos primeros años; a 3 ptas. los sucesivos.

Los diez años juntos 20 ptas. El importe, al hacer el pedido.

:: MAURO ENTRIALGO ::

Agente de Negocios, matriculado

Gestión y despacho de toda clase de asuntos en las Oficinas públicas de toda España. Administración y compra-venta de fincas. Préstamos hipotecarios. Seriedad, actividad y reserva absoluta.

Despacho: San Bernardo, 96.—GIJÓN

FABRICA DE ORNAMENTOS Y ARTICULOS DE IGLESIA

de JOSE SALA BRUNET

calle de la Canuda, núm. 9.—BARCELONA

Csullas y ternos completos, de damasco y tapicería, desde lo más sencillo a lo más rico que se pida, tanto en tejidos como bordados.

Se bordan estandartes, banderas y túnicas para imágenes, en oro y sedas, a precios módicos y tan buenos como se deseen.

FUNERARIA DE

Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.^a

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, luceras, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

Correspondencia administrativa

Sr. D. L. M.—Manlleu.—Pagó fin 1916.

Sr. D. J. G. D.—Villaverde (Madrid)—

Id. id. id.

Sr. D. B. G.—Pbro.—Sos.—Recibido ya su G. P. de 17 ptas. Gracias por todo.—Dios le premie sus entusiasmos por EL AMIGO DEL POBRE y a nosotros nos otorgue los medios necesarios para seguir adelante.

Sr. D. J. I.—Hinojar del Rey.—Pagó fin Abril 1917.

Sres. D. M. G. C. y D. I. V., de Teverga.—Pagaron 1916.

Dr. Calisto de Rato y Rocés

Especialista en enfermedades del sistema nervioso.

Consulta mañana y tarde.

Corrida, 63, Gijón.

Talleres de Construcción y Reparación de Maquinaria de

Saez, Pérez y Compañía

Barrio del Tejedor, Teléf. 453.—Gijón

Material completo para panaderías, chocolaterías y fábricas de curtidos. Fundición de bronce de todas clases, Robinería, Reparaciones de buques y maquinaria general.

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón